

# Abraham

XVIII

A tout seigneur, tout honneur!

Según el libro del Génesis, el padre de Abraham era un pobre alfarero que se ganaba la vida modelando estatuillas de dioses y de animales; el tipo, que no poseía tan felices disposiciones en la ciencia plástica, y que por otra parte creyó más conveniente baraganear en todo el valle de Menfis, sin preocuparse del ayer, ni mucho menos del mañana. En esta agradable ociosidad lo sorprendió la vejez sin haber hecho nada, ni siquiera a habitar, no obstante que encontraba bellezas orientales a cada paso. Para sacarle de este lamentable olvido, Jehová hizo descender un ángel mientras el amigo Abraham se recataba profundamente bajo la sombra de una palmera;

70

recordóle el ángel sus deberes de hombre predestinado, y queriendo allanarle el camino matrimonial, le presentó con una hermosísima doncella llamada Sara, "cuyos ojos eran como dos estrellas fulgurando en la noche silenciosa".

El amigo Abraham tenía entonces 75 años y su mujer 16. La unión, dada la desproporción de edades, no podía esperarse fuera muy fecunda que digamos; pero Jehová, siempre amable, se le apareció el día menos pensado y le dijo: - De Oriente a Poniente y de Sur a Norte, toda la tierra comprendida desde el delta del Nilo hasta las márgenes del Eufrates te pertenece, y tu descendencia será tan numerosa como el polvo de la tierra. Abraham era muy dado a los viajes, y andando andando resultó embarazada su mujer: un ángel que mercurió con los esposos una tarde (una especie de tamalada alta especie)

estilo de las del Catrín) dió la feliz nueva  
a los esposos. Durante ese período de la  
luna de miel, la pareja bíblica vivió  
en una pobreza desesperante; pero  
he aquí que un rey, prendado de  
la bella peregrina de Sara, obse-  
guió a Abraham con una partida  
de camellos, un centenar de bueyes,  
dos de ovejas y carneros, algunas vacas  
y odres de miel. Por supuesto que  
el Patriarca había convenido de  
antemano con su mujer, que esta  
pasaría por su hermana, pues  
de lo contrario él corría peligro de  
ser descabrado. Con esos ganados,  
y escapando de asechanzas y se-  
ducciones, llegaron a salvo a la  
tierra prometida. Después de algunos  
años del nacido el primogénito, una  
mañana Abraham se emborrachó con  
leche de burra y llamando al  
Chiquillo le dijo: Mira, se me ha

71

ocurrido cortarte el pescuero y después  
quemarte con leña verde; vé a la  
cúspide de aquella colina, prepara  
una hoguera y disponte a morir." El  
muchacho obedeció, más la vigilante Sara,  
al fin madre, dió tal paliza a su  
esposo cuando este se preparaba a  
dar el golpe, que el pobre viejo murió  
al poco tiempo de un quebranta-  
miento de huesos. — En el Album del Sr. Lic.  
D. Sebastián Lerdo de Tejada - Diciembre 14 de 1857 -  
M. Romero Rubio.

x  
x x  
Ese día víspera del golpe de  
Estado de Comonfort, conocí política-  
mente al Sr. D. Manuel Romero Rubio;  
queriendo dejarme un recuerdo de esa  
fecha - que hoy tengo el derecho de  
llamar Judaea - mi nuevo amigo  
se puso a escribir en mi album del  
peregrino trozo bíblico que amito deyo copiado.

Para que V.V. me entiendan mejor, será preciso decirles que el Sr. Romero Rubio, que estaba en el complot del golpe de Estado, venía a hacer cerca de mí el papel de delator, bien que en delación tenía hasta cierto punto un carácter heroico. El Sr. Romero Rubio era entonces agregado a la Secretaría del Gobierno del Distrito, posición análoga a la que ocupa al presente el Sr. Ignacio Bejarano, aunque con menos emolumentos y más incertidumbre en las pagas. El joven attaché era una hechura de Comonfort, y servía a un Gobierno legítimamente constituido; ¿podía, dadas estas circunstancias, convertirse en infidente al Protector y traidor al gobierno? Si el golpe no iba en armonía con sus ideales, debía haber renunciado inmediatamente, acto delicado y pundonoroso en cualquier hombre de honor; pero aceptar implícitamente los términos de un

72  
complot, hacerse solidario de ellos, aunque en esfera muy secundaria, para después ir a denunciarlos sin el menor escrúpulo, como se denuncia una mina, es un hecho cuya atrocidad está fuera de todo término de apreciación. Estoy por creer, dada la ambigüedad de la denuncia, que el Sr. Romero Rubio se hizo este pequeño razonamiento: - "Si el golpe de Estado llega a cimentarse, llegaré a ser Gobernador del Distrito; si fracasara, mi delación será meritoria a los ojos de los Sres. Juárez y Lerdo, que también me elevarán al Gobierno del Distrito. De todas maneras yo salgo ganando." Hay gentes que nacen para ser estirros, como hay otras que nacen con felices disposiciones para el baile, la cocina o la poesía; el carácter no varía, se modifica o altera, pero siempre permanece el mismo. Un árbol que da frutos venenosos, los dará toda su vida vegetal, aunque en la vejez

sean menos tóxicos. Como resultado de ese golpe, el Sr. Juárez fue reducido a prisión; cuando lo fue a ver, sus primeras palabras fueron estas: "¿Y el profeta Abraham? El Profeta que no se había equivocado en su profecía, se equivocó en sus propósitos: fue destituido por el Gobierno Centralista, sospechándolo de connivencia con los liberales. La destitución del Sr. Romero Rubio fue simplemente un acto administrativo; todo se redujo a que el gobierno perdiera un espía que nosotros habíamos ganado. Pero un enemigo pequeño es después de todo un enemigo; entonces don Manuel, con una infamezita conseguida no sé dónde y pagada no sé cuándo, fundó un periodiquillo para inyectarle la ponzoña que lo estaba ahogando; habló muy alto de lo que más

73  
falta le hacía: de honor, de dignidad, de patriotismo. Llegó a ser tan sabiosa su oposición, que mereció los honores de ir ocho meses a la prisión de la Acordada. De eso trataba él precisamente: de que nosotros, en presencia de ese martirologio, no sospecháramos de su sinceridad. Porque se hallaba en la situación de un hombre que teniendo un abismo a sus espaldas y a sus lados, tiene que caminar adelante, por interés de la propia conservación. Miguel mi hermano me había dicho de Jéb: "No me gusta nada ese intrigantillo, se parece a una estampa de Fairstaff que tengo en casa." La misma repulsión inspiraba a los demás liberales; en cuanto a mí - monstruosa ceguera de la juventud - no sólo no lo encontraba repelente, sino fatalmente atractivo. Cuando no hay una mujer cerca

de nosotros, la amistad llega á adquirir tal vasallaje, que suele transformarse en una esclavitud recíproca. Los griegos establecieron leyes reglamentando la amistad: el amigo ingrato, el amigo falso, era flagelado por los sacerdotes del Templo de Helos, y sus testículos expuestos á los dientes de los perros. Oh, sabias leyes helénicas! cuánto necesita mi patria de vosotros!

En 1857, el Sr. Romero Rubio era un joven de 34 años, con las piernas más cortas que el vientre; el vientre más largo que el busto y el busto más pequeño que la cabeza; semejaba uno de esos animales de Australia que no tienen más de cabeza y estómago, digiriendo indistintamente por el estómago y la cabeza. Furibundo y enredador, traía en diques y directos á los miembros más prominentes del partido liberal; para que la lengua

de ese patriota infatigable entrara en reposo, le mandó el comité residente en México cerca de Don Santos Degollado, en calidad de Secretario Particular. Pero Don Santos, que era de pocas pulgas y de más pocas palabras, se domó mal con su locuaz Secretario, el que dando rienda suelta á la lengua ocasionó varios duelos entre el Estado Mayor de Degollado, siendo de resultados funestos el habido entre el Comandante Frejo y el Capitán Escobar. Cuando aquel jefe republicano se resolvió á atacar á México, Romero Rubio desapareció misteriosamente en el camino, y Degollado, en carta dirigida más tarde al Sr. Juárez, se quejaba lacónica, pero energicamente, de aquel charlatán que tenía la lengua de bayoneta y el corazón de gallina. Los acontecimientos de la guerra continuaron en su natural desarrollo, en alternativas de tiempo

y reverses. Pero, ¿dónde estaba el Sr. Romero Rubio, espejo y luz de la chis-  
mografía en campaña y del chisme á  
domicilio? La lo creía muerto cuando  
me escribió desde Pachuca, a Veracruz,  
diciéndome que se estaba curando de  
una herida!!! — ¿la herida es en la  
lengua? Me pregunté el Sr. Juárez con  
benigna y plicida sonrisa. A este  
propósito, no hace muchos días que  
leyendo una especie de biografía del Sr.  
Romero me encontré con la portentosa  
nueva de que en el asalto de México  
en 1860, una bala le mató el caballo al  
pie de Chapultepec. Esto no es cierto, por  
dos pequeñas razones: la primera, porque  
el Sr. Romero Rubio jamás ha montado  
á caballo, y la segunda, porque no se ha  
hallado jamás en un campo de batalla.

Es ridículo suponer un guerrero  
donde no hay siquiera un hombre. Las  
fuerzas constitucionales entraron en la

Capital el 25 de Diciembre de 1860,  
después de haber abandonado la plaza  
el Gral. Miramón. El Sr. Juárez y yo, arri-  
bamos a la misma el 11 de febrero  
de 1861. En el mes del mismo año se  
me presentó el Sr. Romero Rubio, abra-  
zándome con tal entusiasmo en presencia  
del Sr. Juárez, que éste díjome más  
tarde: "Cuidese V. Sr. Lerdo, de los hombres  
que lloran y de los hombres que abrazan".  
En el curso de algunos meses nació la  
primogénita de mi condiscípulo de  
San Gregorio; invitéme para que la  
llevaramos al bautisterio, pues parece  
que la mejor manera de engañar á  
un amigo, es hacerlo su compadre.  
La bautizamos el día de nuestra  
Señora del Carmen: distribuí bolos entre  
la familia, y la misma noche fui invi-  
tado á una tertulia. Con ese claro de  
parentesco espiritual, mi compadre el  
Sr. Romero Rubio adquirió los privilegios:

el de tutearnos y el de traicionarnos.  
Pero en mi obstinación, yo no  
quería escuchar las advertencias de  
mis verdaderos amigos; veía en don  
Manuel un amigo y le juzgaba con  
el criterio de un amigo. En el con-  
flicto surgido entre los Pres. Juárez y  
González Ortega, mi compadre me  
coludió en un chisme que estuvo  
por oíllarnos con un disgusto con  
el Presidente. Conocedor de este inci-  
dente D. Pedro Santacilia, entonces novio  
de una hija del Sr. Juárez, díjome con  
ese dejecillo cubano que le hace  
tanta gracia:

— No tiene Ud. remedio, Sr. Pedro,  
y hay que referir el cuento del  
borrachito de Atarés... porque Atarés  
es un barrio de la Habana, ¿Ud. me  
comprende?

— Vamos, hombre, suéltelo Ud.

— En ese barrio de Atarés había

un borrachín que para curarlo de la  
embriaguez, acordaron sus parientes me-  
terlo en un cañón de muerte en los mo-  
mentos en que dormía la mona. (Un  
amigo se encargó cuidándolo de  
cerca). Cuando el borrachín despertó,  
ya disipados los humos del vino,  
se restregó los ojos y volviendo la  
vista por todos lados, preguntó:

— ¿En dónde estoy?

— ¡Te has muerto! replicó el amigo  
en tono sepulcral.

— ¡Pobrecito de mí! ¿y cuánto tiempo  
hace que yo me he muerto?

— ¡Tres días!

— ¡Pobrecito de mí! Y Ud, amigo,  
¿también se ha muerto?

— También

— ¿Y cuánto tiempo hace?

— Tres semanas

— Pobre, pobrecito de mí! Pero dígame, amigo,  
Ud. que ha muerto primero, ¿podrá

decirme donde puedo comprar un  
trago para Curarme?

---

77  
Nentren feri  
XIX

Ciudad de México, Enero 1º de 1885 - Sr. Lic.  
D. Sebastián Lerdo de Tejada. - Mi muy que-  
rido padrino: Si continúa V. disgustado  
con papá, no hay motivo para que Vd.  
persista en estarlo conmigo. Sabe U. mejor  
que ninguno que mi matrimonio con  
Alf. Díaz fue obra exclusiva de mis  
padres, a quienes por darles gusto  
he sacrificado mi corazón, si sacrificio  
puede llamarse el haber dado mi  
mano a un hombre que me adora  
y al que yo sólo correspondo con  
filial cariño. Al unirme con un  
enemigo de Vd., no ha sido renegar de Ud.,  
al contrario, he querido ser la palomita  
que con el ramo de olivo apaciguara  
las tormentas políticas de mi patria.  
No temo que Dios me castigue por